

Vol. 1, No. 4 (julho 2026)

REVISTA ATHENA LATINHO-AMERICANA

**EL CREPÚSCULO DEL ÁGUILA IMPERIAL:
hermenéutica del último bastión español en américa,
la capitulación de la real fortaleza felipe del callao
y el bicentenario de la libertad continental (1826-2026)**

**The Twilight of Imperial Águia:
A Hermenêutica of the Last Spanish Reduto in the Americas,
to the Capitulation of the Royal Fortress of San Felipe del Callao,
and the Bicentenário da Liberdade Continental (1826-2026)**

Luznairys Cuevas de Urdaneta¹

Revista Athena Latino-Americana
DOI: 10.69720/3086-5182.2026.000027
ISSN: [3086-5182](https://doi.org/10.69720/3086-5182)

¹Doctora en Ecología del Desarrollo Humano (Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez) Profesora Universitaria e investigadora del Instituto Universitario de Tecnología de Administración Industrial IUTA-Maracay, Militar en servicio Activo en el Grado de Tcnel, Gerente de la Oficina de Investigación y Docencia del CAFMA-AMB Venezuela, Líneas de investigación en el campo de la Gestión Humana, Adiestramiento en el Trabajo y Gestión organizacional. Director General de la Marca Gestión Humana, REGISTRO N°CRNE2024/275854 Venezuela.

Email: gestionhumanaestrategica@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-7908-6665>





Vol. 1, No. 4 (JULHO 2026)

**EL CREPÚSCULO DEL ÁGUILA IMPERIAL:
Hermenéutica del último bastión español en américa,
la capitulación de la real fortaleza felipe del callao
y el bicentenario de la libertad continental (1826-2026)**

Luznairys Cuevas de Urdaneta



PERIÓDICO CIENTÍFICO INDEXADO INTERNACIONALMENTE

ISSN
International Standard Serial Number
3086-5182
www.athena-latino-americana.com

Editora e Revista
Athena Latino-Americana
CPF: 639.619.621-20
Naviraí – Mato Grosso do Sul
Rua: Botocudos, 365 – Centro
CEP: 79950-000

RESUMEN

La **Capitulación de la Real Fortaleza Felipe del Callao**, ocurrida el **22 de enero de 1826**, constituyó el desenlace definitivo de la resistencia militar española en América del Sur y marcó el cierre del proceso emancipador iniciado décadas antes. El ensayo examina este acontecimiento desde una perspectiva estratégica, geopolítica, armamentista, psicológica, institucional y simbólica, trascendiendo la simple rendición de una guarnición para interpretarlo como un hito fundamental de la historia militar americana. El estudio contextualiza la crisis del Imperio Español y el liderazgo de Simón Bolívar en la consolidación de la independencia continental. Asimismo, describe la Real Fortaleza Felipe como una de las obras de ingeniería militar más avanzadas de su tiempo, cuya poderosa capacidad defensiva hizo inviable un asalto directo por parte de las fuerzas patriotas. En este escenario, se analiza la confrontación entre José Ramón Rodil, comandante realista que prolongó la resistencia por lealtad a la Corona, y Bartolomé Salom, jefe patriota que impuso un bloqueo terrestre y naval hasta provocar el agotamiento material y moral de la guarnición. El ensayo sostiene que la caída del Callao fue consecuencia no solo de la superioridad estratégica del ejército libertador, sino también del desgaste producido por el hambre, las enfermedades, el aislamiento y la imposibilidad de recibir refuerzos desde España. Finalmente, destaca el papel del espíritu de cuerpo, la cohesión institucional y la participación decisiva de los militares venezolanos en la independencia del Perú, concluyendo que la capitulación simbolizó el fin del dominio colonial español en Sudamérica y el inicio del desafío de consolidar repúblicas libres, fuertes e institucionalmente sólidas.

Palabras clave: Capitulación del Callao; Real Fortaleza Felipe; independencia hispanoamericana; Simón Bolívar; Bartolomé Salom; José Ramón Rodil; estrategia militar; espíritu de cuerpo; historia militar; geopolítica.

ABSTRACT

*The capitulation of the Royal Fortress of San Felipe in Callao, which occurred on January 22, 1826, marked the definitive end of the Spanish military resistance in South America and the enclosure or emancipation process that began decades before. This essay examines the event from strategic, geopolitical, technical-military, psychological, institutional and symbolic perspectives, in addition to the mere rendition of a garrison to interpret it as a crucial framework in the military history of the Americas. The study contextualizes the crisis of the Spanish Empire and the leadership of Simón Bolívar in the consolidation of continental independence. He also recognizes the Royal Fortress of San Felipe as one of the most advanced works of military engineering of its time; Its strong defensive capabilities become inviable in a direct attack by patriotic forces. In this context, the essay analyzes the confrontation between José Ramón Rodil, the royalist commander who prolonged the resistance out of loyalty to Coroa, and Bartolomé Salom, the patriot leader who imposed a land and naval blockade that exhausted the garrison's material resources and morale. The essay argues that the fall of Callao resulted not only from the strategic superiority of the Liberating Army, but also from the attrition caused by hunger, disease, isolation, and the impossibility of receiving reinforcements from Spain. Finally, it highlights the role of the *spirit of the body*, of the institutional cohesion and of the decisive participation of the Venezuelan military in the independence of Peru, concluding that the capitulation symbolized the end of Spanish colonial rule in South America and the beginning of the challenge of consolidating free, strong and institutionally robust republics.*

Keywords: Callao Capitulation; Royal Fortress of San Felipe; Spanish American independence; Simon Bolivar Bartolome Salom; José Ramón Rodil; military strategy; *corpo spirit*; military history; geopolitics.

1. INTRODUCCIÓN

La Capitulación de la Real Fortaleza Felipe del Callao, acaecida el 22 de enero de 1826, en su superficie yace la rendición de una guarnición militar. El presente, examina la Capitulación del Callao desde sus múltiples dimensiones estratégicas, armamentista, psicológica, institucional y simbólica con el propósito de ofrecer una lectura del bicentenario sobre la obra más descomunal de la historia militar americana.

II. El Escenario Geopolítico: América en el Filo de su Destino

El Imperio Español, que durante tres siglos había mantenido sobre sus colonias americanas una dominación sustentada en el monopolio comercial, la estructura burocrática virreinal, la alianza con la Iglesia Católica y la fuerza de las armas, comenzó a resquebrajarse bajo el peso combinado de sus propias contradicciones internas y de los vientos externos que soplaban desde la Revolución Francesa y la Independencia de los Estados

Unidos.

Al respecto Carrera (1983) señala con precisión que "la independencia no fue el resultado de una conspiración improvisada ni de la acción de individuos aislados, sino el producto maduro de una crisis estructural del sistema colonial que tardó décadas en precipitarse" (p. 47). Fue en ese caldero de tensiones donde forjó su carácter y su visión el hombre que llevaría la empresa independentista hasta sus últimas consecuencias: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios. Descrito por Lynch (2006) como "la figura más formidable de la política latinoamericana del siglo XIX, un hombre que combinó el genio militar con la visión del estadista, la energía del conquistador con la sensibilidad del pensador" (p. 3). Su comprensión del tablero geopolítico continental era singularmente lúcida y esa convicción fue la brújula que orientó toda su estrategia y que lo llevó, tras consolidar la Gran Colombia, a extender la guerra hacia el sur, hacia el Perú, donde el poder colonial resistía con las últimas y más formidables energías que le quedaban.

III. La Real Fortaleza Felipe: Anatomía de un Coloso Militar

Para comprender la magnitud del desafío que representaba la conquista del Callao, esa colosal fortaleza fue construida a partir de 1747, en respuesta al devastador terremoto y maremoto que arrasó El Callao ese año, se instituyó siguiendo los principios más avanzados de la ingeniería militar europea de la época, la escuela de Vauban, el gran maestro francés de la poliorcética, que había revolucionado el diseño de las fortalezas abaluartadas en el siglo XVII con un sistema de muros, bastiones, fosos y ángulos calculados matemáticamente para eliminar los puntos ciegos y maximizar el fuego cruzado contra cualquier atacante.

Vargas (1966) describe la fortaleza con la minuciosidad del historiador que conoce sus fuentes "Era una construcción de planta poligonal, con cinco baluartes angulares denominados San Felipe, San Carlos, San José, Santa Trinidad y Santa Lucía, articulados por cortinas de mampostería de piedra y ladrillo de más de ocho metros de espesor, rodeados por un foso seco de considerable profundidad. Su superficie interior albergaba polvorines, arsenales, cuarteles con capacidad para varios miles de hombres, capillas, hospitales y almacenes de víveres" (p. 234). Desde el punto de vista artillero, la fortaleza era una potencia impresionante y con la mayor plenitud de su

armamento, hacia 1820, contaba con más de ciento cincuenta cañones de hierro y bronce de diversos calibres desde las piezas de a cuatro hasta los monstruosos cañones de a treinta y seis emplazados en diferentes plataformas y troneras, capaces de barrer con fuego convergente cualquier aproximación marítima o terrestre.

Conviene detenerse en este inventario armamentista porque revela la desproporción que, en términos de infraestructura defensiva, existía entre el bando realista y el sitiador patriota. Su estructura representaba lo mejor de la tecnología artillera de principios del siglo XIX, cañones de ánima lisa con alcances efectivos de hasta mil metros, con capacidad para disparar proyectiles sólidos, metralla y bombas explosivas, en fin en términos contemporáneos, una plataforma de fuego antiaéreo y costero de primera magnitud, dotada además de un arsenal de armas portátiles mosquetes de chispa, rifles, bayonetas, sables y lanzas que equipaban a una guarnición de varios miles de combatientes.

Frente a este formidable aparato, el ejército sitiador patriota al mando del General Bartolomé Salom carecía de recursos equivalentes para montar un asalto directo. Sus fuerzas, veteranas y endurecidas por años de campaña, disponían de artillería de campaña piezas ligeras de cuatro y ocho libras, apropiadas para batallas en campo abierto, pero no de la artillería de sitio pesada, los morteros de gran calibre y los obuses que habría requerido un bombardeo sistemático de las murallas del Callao, por eso Salom adoptó la estrategia del bloqueo estricto en lugar del asalto: era la única opción militarmente racional.

La dimensión naval, los patriotas contaban con una escuadra modesta, cuatro o cinco embarcaciones menores corbetas y bergantines que imponían el bloqueo marítimo, frente a los buques de guerra realistas que habían quedado bloqueados en el puerto. La superioridad defensiva de la fortaleza sobre cualquier ataque anfibio era absoluta, sus baterías costeras podían hundir cualquier embarcación que intentara forzar el paso sin necesidad de comprometer a la guarnición terrestre. El Callao era, en suma, una fortaleza inexpugnable por la fuerza directa con los medios disponibles. Solo podía caer por inanición, por desgaste y por la implacable aritmética del tiempo.

IV. Los Protagonistas: Retratos de Hombres en el Umbral de la Historia

El asedio del Callao tuvo dos figuras centrales cuya confrontación trasciende lo meramente militar para elevarse a la categoría de drama moral, el General José Ramón Rodil, comandante de la guarnición realista, y el General Bartolomé Salom, jefe de las fuerzas sitiadores patriotas.

José Ramón Rodil y Campillo nació en Linares, Asturias, España, en 1789, en el seno de una familia modesta cuya única posibilidad de ascenso social era la carrera militar. Se formó como soldado en las guerras napoleónicas, donde adquirió una reputación de valor personal indiscutible y una disciplina espartana que lo haría, con el tiempo, tan admirado como temido. Llegó al Perú en la última fase de la campaña americana, cuando la suerte del Imperio ya estaba irremediablemente echada, y fue nombrado comandante del Real Felipe en circunstancias que cualquier observador lúcido habría calificado de desesperadas.

Julio Albi de la Cuesta (1990), historiador militar español cuya obra sobre el ejército realista en América es de obligada consulta, traza un retrato matizado y riguroso del comandante del Callao, "Rodil era un oficial de extraordinario valor personal y de una fidelidad a la Corona que no admitía ningún principio de duda. Su defecto más grave no era la crueldad, aunque la practicó ocasionalmente, sino la incapacidad para distinguir entre el valor y la obstinación irreflexiva, entre la lealtad a una causa y la negativa a reconocer cuando esa causa ha sido definitivamente derrotada" (p. 287). En efecto, Rodil rechazó sistemáticamente todas las ofertas de capitulación honrosa que le fueron presentadas tras Ayacucho, incluidas las comunicaciones directas del propio Mariscal Sucre, que le ofrecía condiciones generosas.

¿Qué motivaba semejante resistencia?

La respuesta no es simple ni unidimensional. Por una parte, existía una dimensión de honor castrense, Rodil había jurado defender la posición hasta el final, y para un oficial del Ejército Real español del siglo XIX, el juramento era un vínculo sagrado que ninguna consideración pragmática podía disolver. Por otra parte, existía la esperanza cada vez más ilusoria, pero nunca completamente extinguida de que España enviara una expedición de socorro, o de que la situación política europea generara una presión diplomática favorable. Liévano (1971) señala que "Rodil vivía en una suerte de negación colectiva, sustentada por el espíritu de cuerpo y por la autoridad moral que le confería su rango, que impedía a la

guarnición procesar la realidad de su situación en toda su crudeza" (p. 498).

En el polo opuesto, el General Bartolomé Salom presentaba una personalidad radicalmente diferente, aunque igualmente fascinante desde el punto de vista humano e histórico. Nacido en Puerto Cabello, Venezuela, el 17 de julio de 1780, Salom se incorporó al ejército patriota desde los primeros años de la revolución y construyó su carrera militar con una consistencia y una lealtad al ideal bolivariano que lo convirtieron en uno de los oficiales más confiables del Libertador. Pérez Vila (1979) lo describe como "un militar de temperamento sereno y juicio ecuánime, que subordinaba siempre el impulso al cálculo y la emoción a la estrategia, dotado de una paciencia táctica que sus adversarios con frecuencia confundían con pasividad y que en realidad era una forma superior de inteligencia militar" (p. 72).

La estrategia de Salom en el Callao fue una obra maestra de contención racional. Comprendiendo perfectamente que los medios a su disposición no justificaban un asalto directo, impuso el bloqueo terrestre y naval con rigor matemático, interrumpió todos los canales de aprovisionamiento de la fortaleza y esperó. Aguardó con la calma del cazador que conoce que su presa no puede escapar, comunicando regularmente con Bolívar sobre el estado del asedio, manteniendo la moral de sus tropas y rechazando las salidas esporádicas que la guarnición intentaba para aliviar la presión. En la correspondencia conservada, citada por Pérez Vila (1979), emerge la figura de un hombre profundamente consciente de la dimensión histórica de su misión y, al mismo tiempo, profundamente humano en su percepción del sufrimiento ajeno: "Veo morir a mis enemigos por centenares cada semana", escribió a Bolívar en septiembre de 1825.

Esta tensión entre la frialdad estratégica y la humanidad moral es uno de los rasgos más conmovedores y más ricos de la personalidad de Salom, la capacidad de sostener el cerco con implacable disciplina mientras mantenía viva la conciencia de que del otro lado de las murallas no había monstruos, sino hombres atrapados en una lealtad que la historia había vuelto imposible de honrar. En esta actitud se expresa, con singular elocuencia, el carácter más elevado del militar profesional, la firmeza de propósito que no se contamina de odio, la voluntad de victoria que no se degrada en venganza.

V. La Proporcionalidad de las Fuerzas

Sobre el papel, la guarnición de la Real Fortaleza Felipe gozaba de una superioridad defensiva aplastante: sus murallas eran inexpugnables al ataque directo con los medios disponibles del ejército sitiador; su artillería, más numerosa y pesada, dominaba todos los accesos terrestres y marítimos; sus almacenes, al comenzar el asedio, contenían provisiones para varios meses; y su guarnición inicial, que Lecuna (1950) cifra en aproximadamente nueve mil militares más cerca de cuatro mil civiles entre familias de la oficialidad, empleados administrativos, esclavos y refugiados realistas de tierra firme (tomo III, p. 401), era numéricamente muy superior a los efectivos sitiadores en el teatro de operaciones inmediato.

Frente a este arsenal humano y material, Salom disponía de unos cuatro mil soldados de línea veteranos infantes, jinetes y artilleros distribuidos en las posiciones de bloqueo terrestre, más los tripulantes de las escasas embarcaciones que custodiaban el acceso marítimo. Sin embargo, la historia del asedio del Callao demuestra, con una claridad que ningún tratado de arte militar podría expresar mejor, que la superioridad en armamento y en número de efectivos no garantiza la victoria cuando la posición estratégica general es irremediablemente perdedora.

Porque el error fundamental de la guarnición realista no era táctico, sino estratégico en su acepción más profunda, geopolítico y político. El Imperio que aquellos hombres defendían ya no existía como potencia capaz de proyectar fuerza en América. España, exhausta por las guerras napoleónicas, sacudida por la revolución liberal de 1820 y enfrentada a sus propias convulsiones internas, era incapaz de enviar la expedición de socorro que Rodil esperaba. La ayuda nunca llegaría. No podía llegar. Y así, cada cañón, cada barril de pólvora, cada saco de harina que se consumía en la fortaleza era un recurso que no podía reponerse, mientras el ejército sitiador, respaldado por el aparato logístico de una nueva república en expansión, mantenía su posición con renovada energía, por eso la superioridad material del ejército patriota, era estructural y permanente.

Salcedo-Bastardo (1977) apunta una reflexión de notable agudeza, "Las guerras de independencia latinoamericanas no fueron ganadas únicamente por los generales que pensaban mejor o por los soldados que peleaban con mayor ferocidad. Fueron ganadas porque el proyecto histórico de la independencia tenía de

su lado las fuerzas profundas de la historia: la transformación demográfica, el agotamiento del sistema colonial, la irradiación de las ideas nuevas y la legitimidad que confiere combatir por la libertad propia frente a quien combate por mantener la sujeción ajena" (p. 354).

Ahora militarmente, el asedio del Callao ilustra con precisión casi didáctica el concepto de "centro de gravedad" desarrollado por Carl Von Clausewitz, en el caso del ejército realista no era su artillería ni sus murallas; era la moral de su guarnición, sustentada en la esperanza del socorro y en el espíritu de cuerpo de una tropa que todavía creía en la causa imperial, y este cuando fue erosionado por la acumulación inexorable de la pestilencia, el hambre y la desesperanza cuando la esperanza del socorro se hizo literalmente imposible de sostener, la fortaleza dejó de ser militarmente viable y Rodil, en ese momento, tenía todo el poder artillero del mundo, pero ya no tenía un ejército real con el que combatir.

VI. El Último Enclave

La Real Fortaleza Felipe del Callao no fue simplemente el último reducto militar del poder colonial español en América del Sur. Fue el símbolo más concentrado y elocuente de todo lo que ese poder colonial representaba, su grandeza arquitectónica, su musculatura artillera, su capacidad para infligir muerte y dolor, pero también su anacronismo histórico, su incapacidad para adaptarse a la nueva realidad política continental y su tendencia a confundir la solidez de las piedras con la durabilidad de los sistemas de dominación que aquellas piedras pretendían defender.

Históricamente, El Callao fue un signo de doble significado, Para el bando realista, era el signo de la resistencia irrendible, de la lealtad al juramento y de la continuidad del orden colonial que tantos siglos de historia habían construido: una promesa de permanencia en un mundo que ya se había transformado irrevocablemente. Para el bando patriota, era el signo de la incompletitud de la victoria, la prueba de que la libertad americana no era todavía plena mientras aquel pabellón rojo y gualda ondeara sobre aquellas murallas. Basadre (1983) lo expresa con su habitual contundencia: "Mientras el Callao resistiera, ninguna república americana podía sentirse verdaderamente libre. Era el símbolo visible de una amenaza real que el tiempo había vuelto anacrónica pero no por eso menos cargada de significado político" (tomo I, p. 91).

El último enclave revela profundidad, la fortaleza del Callao era el espejo en que la

naciente república peruana y, por extensión, toda América española recién independizada podía ver reflejada su propia precariedad. Eran naciones recién nacidas, sin tradición institucional propia, sin ejércitos consolidados, sin economías suficientemente sólidas para sostener guerras prolongadas, enfrentadas al desafío de construir estados viables mientras todavía combatían contra las últimas resistencias del orden que querían sustituir. El hecho de que aquella fortaleza invencible no cayera por la fuerza de las armas sino por la acción del tiempo y la enfermedad tenía, en ese contexto, un significado ambivalente: confirmaba la victoria patriota, pero también recordaba cuán frágil podía ser esa victoria si los nuevos estados no construían las instituciones, las fuerzas armadas y la cohesión social necesarias para garantizarla en el futuro.

Carrera Damas (1983) desarrolla esta reflexión con notable perspicacia "La independencia fue la condición necesaria pero no suficiente de la libertad americana. El verdadero desafío comenzaba el día después de la victoria, construir repúblicas capaces de sostener la libertad conquistada, de crear instituciones que la encarnaran y de formar ciudadanos y soldados que la defendieran" (p. 219).

VII. El Espíritu de Cuerpo

Analizar esta dimensión es, quizás, la contribución más original que un ensayo destinado a las fuerzas armadas puede ofrecer, porque toca el nervio más íntimo de lo que significa ser soldado, ser parte de una institución castrense y pertenecer a una causa que trasciende la vida individual. El ejército libertador que Bartolomé Salom comandaba frente al Callao era un cuerpo de veteranos forjados en más de quince años de guerra continua, hombres que habían sobrevivido las Jornadas del Congreso de Angostura, la campaña admirable, las batallas del lago de Maracaibo, el cruce de los Andes en pleno invierno, Boyacá, Carabobo, Junín y Ayacucho. Habían dormido a la intemperie, comido cuando había con qué y ayunado cuando no, atravesado selvas y desiertos y altiplanos que harían palidecer a cualquier campaña europea contemporánea. Y, sin embargo, seguían allí, formados, armados, vigilantes, manteniendo el bloqueo con una disciplina que ningún miedo podía explicar, porque el miedo a una guarnición agonizante era el último de sus problemas.

¿Qué los sostenía? La respuesta está en esa categoría que el pensamiento militar

universal ha reconocido como fundamento último de toda victoria sostenida: el espíritu de cuerpo. No el entusiasmo efímero de la primera batalla, que cualquier voluntario bisoño puede exhibir, sino algo de una naturaleza mucho más profunda y resistente: la identidad compartida de un colectivo que ha sufrido y sobrevivido junto, la confianza mutua forjada en el crisol de la adversidad extrema, la lealtad a un proyecto que trasciende la vida individual y le confiere un sentido que va mucho más allá de la supervivencia personal.

Lecuna (1950) documenta, en sus crónicas, un episodio que ilumina esta dimensión con una elocuencia que ningún análisis abstracto podría igualar. En el otoño de 1825, cuando el bloqueo llevaba ya varios meses y la moral de las tropas podía verse amenazada por la monotonía del asedio sin combate, Salom organizó revisiones de tropa semanales, celebraciones de las efemérides patrióticas venezolanas y peruanas, y sesiones regulares de instrucción en las que los oficiales más experimentados compartían con los soldados el conocimiento histórico y político de la causa que defendían. "Los soldados del Callao", escribe Lecuna, "sabían no solo por qué estaban allí, sino qué significaba para América entera que estuvieran allí. Esta comprensión era su verdadero armamento" (tomo III, p. 408).

Del otro lado de las murallas, la situación era radicalmente diferente, y su contraste resulta tremendamente instructivo. La guarnición realista exhibía, al inicio del asedio, un espíritu de cuerpo poderoso, aunque de naturaleza distinta: era el espíritu de cuerpo del soldado profesional que cumple su juramento, del oficial que identifica su honor personal con la causa que defiende, del hombre que ha construido su identidad en torno a una lealtad institucional que no sabe cómo cuestionar sin destruirse a sí mismo. Rodil era el centro de gravedad moral de esa cohesión: su presencia, su determinación visible y su negativa inflexible a capitular mantenían en pie una disciplina que, de otro modo, habría colapsado mucho antes.

Sin embargo, De la Cuesta (1990) señala con agudeza el límite fatal de ese espíritu de cuerpo realista, "Era un espíritu de cuerpo puramente negativo, sustentado en la negativa a rendirse antes que en la afirmación de un proyecto viable. Los soldados del Real Felipe no luchaban por un futuro que podían imaginar; luchaban para que el presente catastrófico no llegara a su fin inevitable. Es la diferencia entre el coraje del que defiende algo que vale la pena defender y el heroísmo trágico del que resiste porque no sabe hacer otra cosa" (p. 293). Esta

distinción, aparentemente sutil, es en realidad de una importancia decisiva, un espíritu de cuerpo edificado sobre la afirmación de un proyecto histórico legítimo tiene una resiliencia que ninguna adversidad material puede definitivamente quebrar; un espíritu de cuerpo edificado sobre la pura negación es, por su naturaleza misma, finito y frágil.

Cuando la fiebre amarilla comenzó a diezmar la guarnición a un ritmo de decenas, luego cientos de muertos semanales, el espíritu de cuerpo realista fue erosionándose con una velocidad que ningún mando podía detener. No porque los soldados perdieran su valor personal muchos de ellos murieron con una dignidad que merece el más profundo respeto, sino porque el andamiaje de la esperanza en que descansaba su cohesión se fue derrumbando bajo el peso de la evidencia: el socorro no vendría, la guarnición estaba condenada, y resistir más solo significaba morir de una muerte más lenta y más dolorosa. El espíritu de cuerpo, cuando es despojado de esperanza y de sentido, no puede sobrevivir indefinidamente, aunque el valor de los individuos permanezca intacto.

La lección que este episodio proyecta hacia las fuerzas armadas latinoamericanas del siglo XXI es de una vigencia perturbadora. El espíritu de cuerpo la cohesión institucional, la identidad compartida, la lealtad a un proyecto que trasciende lo individual, la confianza mutua entre el soldado y su camarada, entre el oficial y su tropa, entre la institución y la nación que la sostiene no es un lujo decorativo que las fuerzas armadas pueden cultivar en tiempos de paz y prescindir de él en tiempos de adversidad. Es, por el contrario, la variable más determinante de la capacidad operacional de cualquier fuerza militar, mucho más que el armamento, la tecnología o la superioridad numérica. El Real Felipe tenía más cañones. El ejército de Salom tenía un propósito. Y el propósito ganó.

VIII. El Lazo Venezolano-peruano

No puede concluirse esta reflexión hermenéutica sin abordar la dimensión de hermandad latinoamericana que la Capitulación del Callao proyecta sobre nuestro presente, porque es acaso la más rica y la más fecunda de cuantas este bicentenario nos convoca a explorar. La liberación del Perú fue una empresa venezolana en el sentido más concreto e inmediato del término venezolano era el Libertador que la concibió; venezolano, el Mariscal Sucre que ganó la batalla decisiva; venezolano, el General Salom que completó el asedio final; venezolanas, en su mayoría, eran las fuerzas que durante meses mantuvieron el

bloqueo que hizo inevitable la capitulación. Miles de soldados nacidos en las llanuras del Apure, en los valles de Aragua, en las costas de Sucre o en las montañas de Mérida yacen en tierra peruana, muertos en campaña, consumidos por la fiebre o caídos en combate, lejos de su suelo natal y de sus familias, por la libertad de un pueblo que había decidido ser libre.

Salcedo (1977) señala que "el sacrificio venezolano en la campaña del Perú fue, en términos proporcionales a la población de la Gran Colombia, uno de los más onerosos de toda la guerra de independencia. Venezuela dio al Perú lo que no podía darse a sí misma en ese momento: el ejército, los generales y el liderazgo político que su liberación requería" (p. 371). Esta ofrenda no debe ser leída como una imposición ni como una intervención: fue una expresión genuina de la visión bolivariana de una América unida, en la que la libertad de cada nación era condición de la libertad de todas las demás, y en la que el sacrificio en nombre de esa causa no reconocía fronteras porque las fronteras mismas eran aún una incertidumbre. Hoy la Real Fortaleza Felipe del Callao, es Monumento Nacional del Perú, abierta al público como museo histórico, conserva en sus muros el testimonio pétreo de ese sacrificio compartido.

IX. Epílogo

Doscientos años después, la Capitulación del Callao nos muestra el compromiso que cada generación debe renovar con sus propios instrumentos y en su propio lenguaje histórico, sin duda nos recuerda que la libertad no es un estado natural de las naciones, sino una conquista permanente que requiere de vigilancia, de fortaleza y de un pueblo dispuesto a defenderla con la misma energía con que fue ganada. Bolívar lo sabía, y lo repitió con incansable insistencia, la independencia es apenas el primer paso; la libertad real exige educación, justicia, y, sobre todo, la voluntad colectiva de sostenerlas frente a todos los enemigos, externos e internos.

Hoy, esas murallas continúan en pie sobre las orillas del Pacífico. En su silencio pétreo guardan la memoria de quienes vivieron, sufrieron y murieron entre ellas, los defensores que se negaron a rendirse hasta que la muerte los venció; los sitiadores que mantuvieron el cerco con una paciencia que era, también, una forma de heroísmo. Todos ellos merecen ser recordados. El último bastión del Imperio cayó porque el futuro es siempre más poderoso que el pasado cuando los hombres tienen el coraje de

ponerse de su lado. Doscientos años después, esa verdad no ha envejecido un solo día.

REFERÊNCIA

Albi de la Cuesta, J. (1990). El ejército realista en la independencia americana. Editorial Mapfre.

Basadre, J. (1983). Historia de la República del Perú (7.^a ed., 17 vols.). Editorial Universitaria.

Carrera Damas, G. (1983). Venezuela: Proyecto nacional y poder social. Editorial Crítica.

Clausewitz, C. von (2005). De la guerra (J. Íñiguez Campos, Trad.). La Esfera de los Libros. (Obra original publicada en 1832).

Gadamer, H.-G. (2002). Verdad y método (A. Agud Aparicio y R. de Agapito, Trads., 10.^a ed.). Ediciones Sígueme. (Obra original publicada en 1960).

Lecuna, V. (1950). Crónica razonada de las guerras de Bolívar (3 vols.). The Colonial Press.

Liévano Aguirre, I. (1971). Bolívar (3.^a ed.). Ediciones Librería Voluntad.

Lynch, J. (2006). Simón Bolívar: A life. Yale University Press.

Pérez Vila, M. (1979). La formación intelectual del Libertador. Ediciones de la Presidencia de la República.

Salcedo-Bastardo, J. L. (1977). Bolívar: Un continente y un destino (3.^a ed.). Ediciones Centauro.

Vargas Ugarte, R. (1966). Historia general del Perú (tomo VI). Editorial Milla Batres.